

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
UNA HISTORIA EN LA HISTORIA	19
PRESENTACIÓN	24
CAPÍTULO 1	27
PLANO 1	39
CAPÍTULO 2	69
PLANO 2	81
CAPÍTULO 3	115
PLANO 3	125
CAPÍTULO 4	153
PLANO 4	165
CAPÍTULO 5	197
PLANO 5	211
CAPÍTULO 6	237
PLANO 6	249
CAPÍTULO 7	279
PLANO 7	291
CAPÍTULO 8	313
PLANO 8	331
BIBLIOGRAFÍA	355
ÍNDICE ONOMÁSTICO	359

Prólogo

I

El relato «Largo noviembre de Madrid», primero de la notable trilogía sobre la guerra civil, de Juan Eduardo Zúñiga, comienza con una reflexión sobre la memoria un tanto pesimista pero no por ello menos veraz: «pasarán unos años y olvidaremos todo; se borrarán los embudos de las explosiones, se pavimentarán las calles levantadas, se alzarán casas que fueron destruidas. Cuanto vivimos, parecerá un sueño y nos extrañara los pocos recuerdos que guardamos...» Y así ha sucedido en gran medida. Si comparamos las fotografías de los grandes maestros de la Guerra Civil que recogen, en instantáneas certeras, el Madrid en guerra, asediada y bombardeada por las tropas rebeldes, con el Madrid de hoy, cualquier parecido nos parecería pura coincidencia. Sin embargo, una mirada más atenta, se podría decir que casi arqueológica, como la que realiza el autor de este libro, nos llevará a una conclusión bien distinta y francamente fascinante. Porque en el Madrid de hoy, después de 73 años de finalizada aquella lacerante y terrible contienda, en ésta capital cosmopolita y moderna en la que parecería que nada grave habría sucedido en el pasado reciente, quedan muchas más huellas físicas —y morales— de aquel Madrid de lo que podría parecer en un principio. Uno cree conocer la ciudad que ama, en la que ha transcurrido toda su ya larga vida, hasta el punto de que podría transitar por sus calles o plazas con los ojos vendados y orientarse con el concurso de la memoria y la imaginación... pero un día descubre que ese Madrid tan familiar, tan entrañable y acogedor, esconde asombrosos acontecimientos, algunos trágicos, cuya huella no ha sido borrada por el transcurso del tiempo, ni tan siquiera por la despiadada labor de la piqueta especulativa o por el no menos implacable proyecto de acabar con el recuerdo de la devastación perpetrada por los vencedores de

la Guerra Civil. Porque, en el fondo, las ciudades como las personas son su memoria, son seres vivos, que se transforman y las transforman en un continuo evolucionar, como en capas o pliegues sucesivos, con sus heridas, sus cicatrices, sus arrugas y hasta trasplantes que, si se saben observar, se pueden identificar con bastante precisión. La única diferencia quizá radique en aquello que decía el poeta Baudelaire –mencionado por el autor– «La forma de una ciudad cambia más deprisa que el corazón de un mortal».

II

Así cuando uno termina de recorrer las páginas de este interesante libro que el autor ha llamado, con modestia «guía», Madrid ya no es el mismo Madrid que antes de haberlo leído y... paseado. Se ha añadido una nueva dimensión, una nueva capa tectónica a la capital de las españas, que no es otra que el Madrid de la Guerra Civil, el acontecimiento más trascendente de la historia contemporánea de España. Existe y es conocido el Madrid árabe, el de los Austrias, el de los Borbones, el de la guerra de la Independencia, el de la Restauración, pero es mucho menos conocido, e incluso más misterioso, el de la guerra civil. Uno puede haber leído decenas de libros sobre la historia de nuestra contienda, casi todas las novelas que tienen por objeto aquel drama, pues si hay un tema que ha dado motivo para llenar bibliotecas enteras y concitado las más grandes pasiones ha sido, sin duda, la guerra de España. Sin embargo, en la lectura asidua de los grandes hechos y personajes de aquella historia, siempre me quedaba una cierta insatisfacción, una curiosidad no colmada. Cuál era la vida cotidiana de los personajes, tanto nacionales como pertenecientes al ancho mundo, que vinieron a la capital de España, en solidaridad con la causa de la República y en la que, algunos de ellos, dejaron la vida. Dónde vivían, dónde trabajaban, dónde luchaban, qué locales de ocio frecuentaban –hoteles, bares, tascas, restaurantes, cines, teatros... Dónde estaban los lugares de detención y, en su caso, de muerte; cuál era el lugar exacto de las sedes de los partidos y sindicatos; dónde se reunían los intelectuales o los profesionales; desde dónde se dirigía la guerra en aquellos años de nuestra historia. Todo ello lo encontrará el lector en este libro-guía si bien el autor, con buen criterio, no se ha limitado a llevar a aquel de la mano a los lugares donde transcurrió la acción o la vida de las personas, con precisión del barrio, la calle y el número de la vivienda sino que cada uno de los ocho recorridos y/o planos en que está dividida la guía, contiene una oportuna y objetiva introducción histórica que contextualiza el momento o fase de la guerra en relación con los lugares que luego serán visitados y las personas que serán mencionadas.

III

En realidad, como el lector podrá comprobar enseguida, no es lo mismo pasear por Madrid antes que después de conocer el contenido de esta guía histórica de la capital en guerra. Por ejemplo, todo aquel interesado en la historia de la República, por mencionar solo un antecedente, sabe de la trascendencia que tuvo la formación del primer Gobierno provisional de la misma y la elección de Niceto Alcalá-Zamora como primer Presidente. Pero pocos conocen que fue en el salón japonés del restaurante Lardhy, en la carrera de San Jerónimo, tan frecuentado por el dictador-general Primo de Rivera, donde se decidió el nombramiento de Niceto como Presidente de la República. Ya en guerra, uno de los episodios más controvertidos y terribles de aquella contienda fue el llamado, por unos, el golpe del coronel Casado y, por otros, quizá con más propiedad, la traición de Casado. En realidad fue un golpe, dentro del golpe del general Franco, contra el gobierno legítimo que presidía el socialista Juan Negrín, en mi opinión el político más lúcido de toda aquella contienda. Aquel golpe precipitó el final de la guerra, hizo inviable cualquier resistencia y facilitó la posterior represión franquista, al tiempo que dividió a las fuerzas democráticas, en el exilio, durante decenios. Pero su trascendencia fue quizá aún mayor pues impidió que la guerra de España entroncase con la que estaba a punto de estallar en toda Europa, con la invasión de Hitler de Polonia, solamente cinco meses después, lo que habría podido cambiar el resultado final de la contienda. España quedaba así descolgada del destino de Europa y esa fue quizá la intención de la precipitación del golpe casadista. En todo caso, resulta fascinante conocer que aquel hecho, de tanta repercusión en nuestra historia, se empezó a gestar en un piso de la calle Zurbano, donde vivía el hermano del coronel Casado, contactado por la Quinta columna que operaba en la capital y se acabó de consumir en el chalet de la calle de Grijalba, en la colonia de la Residencia, en el que habitaba Julián Besteiro, cuando éste dio su aquiescencia a los planes del coronel, que vivía en la calle ancha de San Bernardo, no lejos de la glorieta de Quevedo. En el ministerio de Hacienda, en Alcalá 3, se formaría el Consejo Nacional de Defensa, órgano del golpe, del que formarían parte, Casado, Besteiro, Wencesalo Carrillo, Cipriano Mera...

Otro episodio sobre el que han corrido ríos de tinta fue el de la muerte del líder anarquista Buenaventura Durruti, episodio que no estuvo exento de polémica. Pero es bastante menos conocido que Durruti fue herido, accidentalmente, cerca del Hospital Clínico, en la Ciudad Universitaria, y falleció en una de las habitaciones del hotel Ritz, en la plaza de la Lealtad, transformado, a la sazón, en el Hospital nº 21 de Milicias. En el otro gran

hotel clásico de Madrid, el Palace se instaló la embajada de la Unión Soviética, que luego pasó a otros edificios.

Otro acontecimiento, ampliamente historiado, ha sido el origen de la Guerra Civil, situándose en el asesinato del político conservador Calvo-Sotelo como causa detonante de la misma. En realidad, se trató de un crimen utilizado por la historiografía de la dictadura para justificar lo injustificable, pues el golpe militar venía gestándose desde hacía tiempo, casi desde el mismo momento de la proclamación de la República. Es interesante saber que fue en la calle Augusto Figueroa esquina a la de Fuencarral, a la altura del Oratorio de Santa María del Arco, donde un grupo de falangistas asesinó al teniente Castillo, de Guardias de Asalto, que vivía en la primera de las calles mencionada, lo que dio pie a que sus compañeros del cuartel de Pontejos se vengaran en la persona de José Calvo-Sotelo que vivía en la calle Velázquez 87, no sin antes intentarlo en la persona de José María Gil-Robles, al que no encontraron en su casa. Ya recién terminada la contienda se produjo uno de los crímenes más horrendos de los perpetrados por la Dictadura. El fusilamiento de 13 jóvenes pertenecientes a las Juventudes Socialistas Unificadas, que han pasado a la historia con el nombre de las «13 rosas». Muchas veces me he preguntado, donde vivirían estas jóvenes que tuvieron el valor de enfrentarse a la Dictadura, apenas terminada la guerra y en plena vorágine represiva. Me impresionó saber que una de ellas vivía en la calle Galería Robles, muy cerca de la calle ancha de San Bernardo, tantas veces frecuentada y emblemática en los inicios de la lucha estudiantil contra aquella misma Dictadura.

Como hemos señalado, tanto el franquismo como la especulación inmobiliaria hicieron lo suyo por borrar las huellas de la memoria. No solo demolieron, recién terminada la guerra, la Casa del Pueblo de la calle del Piamonte nº 2, inaugurada en su día por Pablo Iglesias, sino que en los años 60 fue derruido, entre otros, el legendario hotel Florida, ubicado en la plaza del Callao nº 1, del afamado arquitecto Palacios, con el fin de levantar Galerías Preciados –hoy absorbidas por El Corte Inglés– que en su momento estuvieron ligadas a la mujer del dictador. Por este emblemático hotel pasaron y vivieron lo más granado de los escritores y periodistas que vinieron, por diferentes motivos, a la guerra de España: Ernest Hemingway, John Dos Passos, André Malraux, Antoine de Saint-Exupéry, Josephine Herbst, Ilya Ehreburg, Mijail Koltsov, Martha Gellhorn, Hebert Matthews.....Al igual que por otro hotel, el Inglés, que todavía existe en la calle de Echegaray nº 8, en el que pernoctaron en alguna ocasión los famosos fotógrafos Robert Capa y Gerda Taro, muerta en la ofensiva de Brunete atropellada por un tanque de manera accidental.

IV

También en el Madrid en guerra se puede seguir la huella de la parte más oscura y represiva de aquellos años. Las prisiones y «checas» proliferaron y ahí siguen en pie, aunque lógicamente con otra utilidad. Así podemos visitar las Escuelas Pías de San Antón, de la calle Farmacia 15 que fue cárcel y donde penó, durante una temporada, el general Gutiérrez-Mellado, miembro a la sazón de la Quinta columna y luego militar protagonista de la Transición a la Democracia. O la famosa del Círculo de Bellas Artes, luego trasladada a la calle Fomento nº 9, en la que estuvo detenido Joaquín Ruiz-Jiménez, ex ministro de Educación en el primer franquismo y, más tarde, líder de la democracia cristiana, opositor al régimen dictatorial y primer Defensor del Pueblo con la Democracia. Testigos estos lugares de que durante la guerra, en el Madrid asediado y hambriento durante años, se ejerció una dura represión que, en ocasiones, acabó en el asesinato de inocentes, como los cometidos por la Brigada de Investigación Criminal que dirigía el siniestro Agapito García Atadell, en la calle de Víctor Hugo 9, cuyo edificio puede contemplarse. El que esto sucediera no justifica, ni mucho menos, la actual tendencia de algunos autores de establecer una especie de equidistancia entre ambos bandos respecto a los desmanes que cometieron o lo que es lo mismo, considerar que como se perpetraron barbaridades en ambos lados, todos fueron igualmente culpables y, en consecuencia, la razón estuvo entre aquellos que se mantuvieron neutrales y no quisieron participar en tamaño desastre. La que se ha venido en llamar la tercera España, es decir la que se quitó de en medio cuando comenzaron las hostilidades. Nunca he participado de este juicio. La República era un régimen democrático, cuyo gobierno había sido elegido en las urnas por medio de elecciones completamente libres y no había motivo para alzarse en armas contra él y derribarlo. De otra parte, los crímenes cometidos en el campo republicano nunca contaron con el apoyo o el aval de las autoridades legítimamente elegidas, mientras que en el lado llamado «nacional» se ejerció, desde el poder, una sistemática eliminación de los adversarios, como política del «nuevo Estado». Por último, las proporciones no son comparables. Durante y después de la guerra, las cárceles, centros de detención, comisarias, cuartelillos, campos de concentración de la Dictadura se contaban por centenares, los prisioneros por cientos de miles, de los que muchos de ellos fueron fusilados, tirados en las cunetas o en fosas comunes, cuyos restos todavía están buscando sus descendientes. Centros de detención de Porlier, Santa Engracia, Duque de Sexto, Ventas, Conde de Toreno, Ronda de Atocha, Claudio

Coello, Paseo del Cisne (hoy Eduardo Dato), Santa Rita, Plaza de la Villa de París, por mencionar algunos de Madrid, todavía pueden ser rastreados a través de esta ilustrativa guía.

V

Como a otras personas de mi generación, nacidas al final de los años 30 y principios de los 40 del siglo pasado, algunos lugares visitados en este libro-guía están relacionados con su propia biografía personal, lo que le hace especialmente sugestivo. Así, cuando se produce la rebelión del 18 de julio de 1936, mi familia habitaba en la calle de Ferraz nº 2, esquina a la plaza de España, donde vivía, igualmente, el eminente historiador y luego Presidente de la República en el exilio, Claudio Sánchez-Albornoz. Desde las ventanas de aquel edificio se colocaron, por parte de los fieles a la República, ametralladoras en el ataque al Cuartel de la Montaña –donde hoy se ubica el templo de Debod– que terminaría con el levantamiento del general Fanjul y el fracaso del golpe militar en Madrid. Recién terminada la contienda, mi familia se traslada a un chalet de la Colonia de la Residencia, en la calle del Maestro Ripoll nº 14 –entonces rebautizada como Matías Montero, en honor del proto-mártir y hoy de nuevo con el nombre del maestro–, que pertenecía a la viuda del doctor Covisa, eminente radiólogo y amigo de Juan Negrín, último presidente del Gobierno republicano y cuya casa había frecuentado con asiduidad. Por esos giros del destino, esta misma casa sería después la sede de la embajada de la Unión Soviética y a ella tendría ocasión de acudir el que esto escribe, muchos años después, en calidad de dirigente del PCE a entrevistarse con gobernantes de la «perestroika» de Gorbachov, entre ellos su estrecho colaborador Yakowlev. Al final y como una mueca más del mismo destino, el chalet, después de pasar por ser un centro cultural egipcio, acabó siendo una residencia de religiosas de Unión Lumen Dei, institución fundada por el jesuita Rodrigo Molina. Ya adulto, me trasladaría a la calle de Santa Engracia nº6 –entonces rebautizada como de García Morato, en honor del laureado piloto «nacional»– y hoy de nuevo con el nombre de la Santa, por esos vaivenes tan propios de nuestra peculiar historia, sin saber que justo enfrente, en el nº 7, conocido como el palacete Adanero, que contemplaba distraído en mis horas de estudio, se encontraba, durante la guerra, el despacho de Dolores Ibárruri. Por no hablar de la Puerta del Sol nº 7, Ministerio de la Gobernación, desde cuyo balcón se proclamó la Segunda República y luego, durante toda la dictadura, Dirección General de Seguridad, a cuyos sótanos sería conducido en múltiples ocasiones, junto a otros miles de re-

sistentes, para ser interrogado por la siniestra político-social y que para vergüenza de nuestra democracia no hay una modesta placa que recuerde lo que allí sucedió durante tantos años. En época mucho más benigna, durante mi periodo de vida parlamentaria, frecuenté con asiduidad, como otros muchos diputados, la Casa Manolo, en la calle de Jovellanos, descrita en este libro, como una de las tascas emblemáticas que aún quedan en Madrid y que, durante la guerra, era frecuentada por políticos y literatos, entre los más fieles Pablo Neruda. Así podría seguir con otros muchos lugares y puedo asegurar que pasear por Madrid de la mano de este libro-guía es una experiencia de lo más estimulante y pedagógica. He tenido la oportunidad de realizar esta experiencia con el autor, y las personas más allegadas, al recorrer los lugares que se proponen en esta obra, en apacibles paseos domingueros en los que no faltaron las paradas para reponer fuerzas, en esas inefables tascas madrileñas, que si no se frecuentan alguna vez en la vida no se puede decir que se conoce cabalmente Madrid, como la Ardosa, en la calle Colón; La Dolores, en la plaza de Jesús; Los Gabrieles, en Echegaray; Antonio Sánchez en Mesón de Paredes y tantas otras que sería prolijo mencionar y que encontrará el lector interesado en esta guía. Y de esta suerte uno llega a la conclusión de que hay un Madrid todavía poco conocido, de gran interés histórico, cuyas huellas aún persisten a pesar del paso del tiempo y de la labor de la desmemoria. Es ese Madrid de la Guerra Civil, el Madrid «capital de la gloria» como dejó dicho el poeta, heroico en su resistencia de tres años al embate de fuerzas muy superiores, admiración de Europa y del mundo y que, al final, sucumbió por la intervención italo-alemana, la política de no-intervención de las democracias occidentales y el llamado «golpe de Casado», que dio la puntilla a una República que resistía como podía.

Hay, pues, que agradecer al autor que se haya decidido a escribir y publicar esta obra que tiene bastante de labor arqueológica, de historia viva, relacionando adecuadamente los grandes acontecimientos de la época con la vida diaria de los personajes, con estilo del mejor periodismo de investigación, pues al rigor de los datos une la amenidad del relato. Creo que con ella se contribuye a conocer mejor Madrid, pues proporciona una nueva mirada sobre este entrañable Madrid que tantas sorpresas depara cuando se sabe pasear por él con los ojos bien abiertos y una cierta dosis de conocimientos históricos. Y, desde luego, contribuye también a comprender mejor el Madrid de la Guerra Civil, en la gran y pequeña historia cotidiana. Como inmortalizara el gran poeta andaluz de Castilla, Antonio Machado: «¡Madrid, Madrid! / Qué bien tu nombre suena. / Rompeolas de todas las Españas/ La tierra se desgarrá, el cielo truena, tu sonríes con plomo en las

entrañas». Hoy Madrid, gracias a la democracia, ya no tiene plomo en las entrañas, pero conviene que todos conozcamos donde se ubican las huellas de aquel plomo para que Madrid nunca más sea asediada por los enemigos de la libertad y de la memoria.

Nicolás SARTORIUS

Una historia en la historia

Cuando Nicolás Sartorius comentó a Enrique del Olmo, que un gran amigo suyo, Fernando Cohnen, había trabajado durante varios años en la elaboración de una guía sobre el período del Madrid republicano y en guerra, y que le gustaría que se conociesen, la respuesta de Enrique fue instantánea: «¿Cuándo?». En la Fundación Andreu Nin, y a la vista del primer borrador, lo vimos claro. «¡Esto es una joya!» Hicimos algunas correcciones, de la mano de Fernando Cohnen, y nos pusimos a buscar alguna editorial que se quisiese embarcar en la aventura. Rápidamente llegamos a Ediciones La Librería, donde prácticamente no tuvimos que hacer ningún esfuerzo para que su director, Miguel Tébar, se dejara contagiar por el proyecto. Para él era una antigua idea que muchas veces le había rondado por la cabeza.

Para la Fundación Andreu Nin, la realización de esta guía supera la frustración de un viejo proyecto que a finales de los ochenta habíamos compartido con Enrique Rodríguez Arroyo (Quique), uno de los principales dirigentes del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) en aquel Madrid de los años treinta y posteriormente secretario de la UGT de Cataluña en los duros años cuarenta del franquismo. Quique, un castizo como pocos y que hasta el final de sus días usaba gorra al estilo de parpusa, nos hablaba de la vida cotidiana de los militantes y sindicalistas de los años treinta. De las asambleas dominicales de la UGT, con los obreros de punta en blanco, y de cómo se acababan cuando alguien pedía «cuarto intermedio» porque «el que más y el que menos tiene la paella esperando en su casa y no es cosa de que se pase el arroz». Le pedimos que nos ayudara a realizar un modesto mapa de los lugares, sedes y casas donde se desarrollaba el vivir político, social y cotidiano durante la República. Desgraciadamente, en el verano de 1987 Quique murió, y aunque quedaban algunos militantes madrileños, ya nunca pudimos retomar el proyecto.

La publicación del libro de Fernando Cohnen supone para la Fundación Andreu Nin una gran satisfacción. Y no porque en esta obra el POUM tenga un protagonismo principal, sino por la relevancia que en él se da a la conservación de la memoria y al recuerdo. En efecto, la implacable persecución desatada en plena guerra civil por el estalinismo contra sus militantes, que en esos mismos momentos morían en el frente luchando contra las tropas franquistas, hizo que se desarrollara en esos militantes un especial sentido del «recuerdo» que les serviría para aguantar ese doble persecución estalinista y franquista que duró prácticamente hasta el momento de la Transición. Los militantes del POUM fueron, tal y como el cineasta Jordi Gordon ha titulado su película sobre el POUM, los *Doblemente olvidados* durante el franquismo. Y ese doble olvido fue compensado por ellos con la preservación de la memoria de su partido y de sus militantes perseguidos, asesinados y sobre todo, y en esto todos los militantes del POUM siempre ponían su acento más amargo, injuriados y difamados.

Al comienzo de la guerra civil, la sección de Madrid, compuesta por poco más de un centenar de militantes, en su mayor parte jóvenes trabajadores de la UGT y CNT, estaba en plena expansión. Los militantes del POUM participaron desde el primer momento en el aplastamiento del levantamiento fascista y lucharon contra los sublevados en los cuarteles de la Montaña y Campamento. Formaron una de las primeras columnas milicianas que salió de Madrid para combatir y tuvieron su principal frente en Sigüenza, donde lucharon junto a comunistas del batallón Pasionaria, ferroviarios de la UGT y anarquistas de la CNT-FAI. Las bajas en combate y la posterior represión que siguió a la toma de Sigüenza en octubre de 1936 por los franquistas, fueron enormes y en ella murieron un buen número de los jóvenes militantes del POUM madrileño. En estos combates murió el dirigente militar del POUM, Hipólito Etchebéhère, quién fue sustituido, por elección directa de los milicianos, por su compañera Mika, que con el tiempo llegaría a ser la mujer que alcanzó en el ejército republicano la máxima graduación militar.

A pesar de su modestia la huella quedó en la ciudad levantada contra el fascismo. Se incautó de numerosos locales y en ellos se instalaron los diversos servicios de propaganda (el más emblemático fue la emisora del edificio Capitol), sanidad, educación, talleres de confección etc. Igualmente se ocuparon diversos locales para albergar las sedes de las diversas secciones del partido y de sus juventudes, la Juventud Comunista Ibérica (JCI). A sus batallones de milicias (Lenin, 20 de Julio) que se habían reforzado con numerosos jóvenes de Madrid, con refugiados extremeños y una columna de varios centenares de milicianos catalanes se les asignó un convento anexo